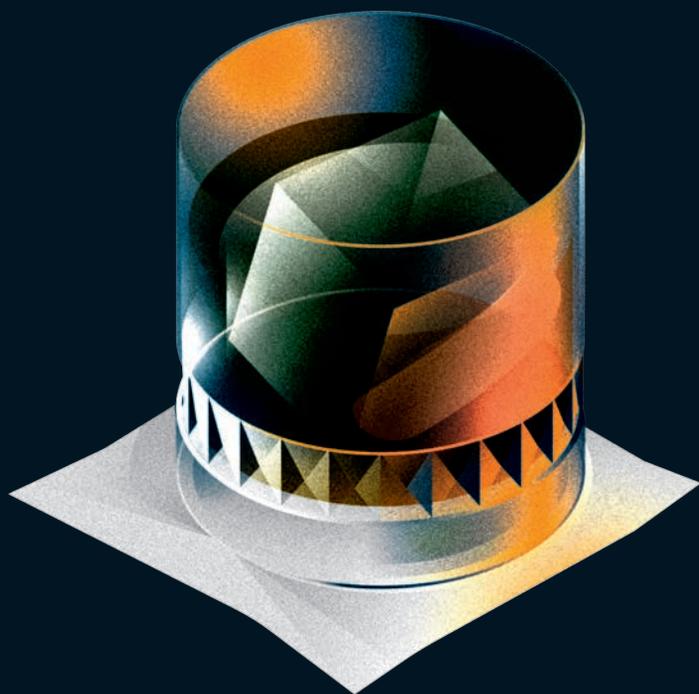


Ya estoy escrito



José F. Peláez

PENÍNSULA

Ya estoy escrito
José F. Peláez

© José Fernando Peláez Benito, 2023

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera edición: mayo de 2023

© del prólogo: Julián Quirós Monago, 2023

© del prólogo: Ángel Ortiz Dávila, 2023

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2023

Ediciones Península,

Diagonal 662-664

08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición

Depósito legal: B. 7.630-2023

ISBN: 978-84-1100-169-4



Índice

«Magnífico Peláez», de Julián Quirós	11
«Incesante, excepcional y adictivo», de Ángel Ortiz	15
Introducción	19
1. Ellas	27
2. El bar es el escenario de este glorioso teatro	55
3. Todo artista es antes que nada un poeta	85
4. Un padre	161
5. Lo mucho que todo esto me recuerda a España	205
6. Meditaciones desapasionadas	273
7. Vivir es un acto de fe	309
8. Un tejado a dos aguas	331
Epílogo: Consejos para una hija	385
Agradecimientos	401

Volverán las oscuras endorfinas

Eres química. Una serie de procesos que confundes con los sentimientos de los que sacas conclusiones. Conclusiones que transformas en actitudes y, finalmente, en decisiones que marcan tu devenir y, desgraciadamente, el de los demás. Una serie de reacciones que provocan tus estados de ánimo. Un *rave* de dopaminas el viernes. Un sistema nervioso inestable el domingo, con tu carencia de B₁₂ y la belleza de tu demencia neurasténica.

Sale el sol y tu melatonina baila un tango con tus neurotransmisores para escribir palabras bonitas y dar lecciones al mundo de lo feliz que se puede ser y la grandeza del optimismo límbico de tu regazo. «Volverán las oscuras endorfinas». Volverá dentro de no mucho también la melancolía de tu postovulación a beber de la orilla de tus miserias orgánicas. Al auto-cannibalismo endémico de tus otoños.

Tus lágrimas químicas destilan cortisol, pero no lo sabes y buscas las causas en el último error. Las consecuencias las pagará el próximo portero de discoteca que quiera bailar contigo. Al día siguiente pedirás progesterona a gritos para poder dormir. Y entonces llamarás de nuevo para recordarme que no necesitas nada, pero que mejor me quede.

Tu dependencia de la feniletilamina es incompatible con tu inmunidad a ella. Necesitas el amor como lo necesita una drogadicta, pero después de una sobreingesta y de una calidad

tan baja, cada vez necesitas más para que los neurotransmisores lleguen a tu cerebro hipnótico. Y ya no te hace nada. Necesitas sobredosis, pero no hay sobredosis de amor en los tiempos del pánico.

Vives en la contradicción que surge cuando la vocación de serotonina se presenta como una búsqueda angustiada, haciendo de la felicidad una quimera desesperada para desesperados. La necesitas tanto que denotas en cada paso tu verdadero desprecio hacia ella. No hay hormonas para regular tu pulsión ni la lírica que produce. Dios es una hormona, es química dentro de ti. Si tu cuerpo quiere sobrevivir es porque está programado para ello. Sin la hormona de Dios estarías pidiendo el descabello y quién sabe si ya te lo habrían dado. Qué poco te queda para entenderlo...

No se puede trascender a la ciencia ni acercarte de modo holístico a ella. Pero también es químico entender que no entiendes la química. *Ergo non sum*. Responder al desamor del otro con tu propio desamor, como poniendo la otra mejilla para que te den tu dosis de oxitocina. Te lo pide la adrenalina. Te veo químicamente pura en este día de primavera.

Magnífico Margarito, 12 de marzo de 2014

El lado vacío de la cama

Hay un lado de la cama que permanece vacío y que no se toca. Existe, está ahí, lo veo cada día. Duermo cada noche junto a una mitad vacía, en la misma cama, pero en mundos diferentes. Es otro hemisferio: la mitad vacía tiene código postal propio y pertenece a otro huso horario. En la otra mitad es siempre dos horas más tarde. Dos horas más triste. Nunca entramos en contacto.

Esa parte de la cama no se toca. Las sábanas se lavan, pero esa mitad permanece limpia de modo eterno, no hay desgaste por rozamiento, no hay vida y jamás la ha habido. Las sábanas en esa parte de la cama están nuevas, mientras que en la otra mitad se van desgastando. Hay una almohada virgen, sin forma ninguna, en el lado oeste de la cama. El lado frío de la cama me acompaña en cada viaje, en cada hotel. Respeto el lado frío de cada cama. Es el mío.

A mi derecha —a mi izquierda, si me miras desde arriba— no hay nada. Ni vacío, ni pena, ni alegría. Ni recuerdos, ni esperanzas. El mapa se diluye justo ahí. En los planos, aparece un hueco que llora de angustia y de espanto en esa precisa parte de la cama. No hay mesilla, no hay oraciones, no hay libros, ni fotos, ni un paquete de pañuelos al otro lado de la cama. No hay aromas, no hay costumbres, no hay sueños ni los ha habido nunca. El mundo se divide en dos justo a la altura del preciso centro de mi cama; así, del centro hacia mí,

está la vida. Del centro hacia allá, hay leyendas, vive Dante, vive Boccaccio y se siente la sombra de un vacío esterilizado, un frío de hospital, un suspiro contenido, una lágrima tibia que surge de forma automática, sin motivo ni intensidad: una lágrima *low cost*.

Podría, bien pensado, situarme en el centro y crecer hacia ambos lados, verterme entero, ser un gas que ocupe el recipiente que me contiene, pero —puede parecer estúpido— resulta imposible. Hay una frontera invisible, un límite, una barrera. Ese lado se respeta. Ese lado se desprecia, se discrimina. Ese lado no existe, pero está. Ha estado siempre y siempre estará. Prepararé una incursión, hace días que quiero explorar el territorio ignoto. Buscar los planos, recorrer cada centímetro, dar largos paseos y fijarme en los detalles, poner adjetivos reales, sin afectos ni afectación. Apagar la ilusión con la gravedad de la certeza. Una vez lo miras a los ojos, todo se vulgariza, porque ya es real. (Ya era real, de hecho. Pero tú aún no).

Esta noche cambiaré de lado, iré armado y observaré mi sitio de siempre como quien se observa a sí mismo en una foto del pasado. Me recrearé en las sensaciones, en el misterio impávido, prepararé los detalles de mi espejo, la simetría del engaño. Y solo entonces decidiré si sobra cama o sobran mitades. En el primer caso, volaré la singladura y fumaremos la pipa de la paz con nuestras fobias mientras todo explota y dejamos media cama a la deriva. En el segundo, intentaré construir media sábana —que no es igual que una sábana pequeña, porque la mía terminará drásticamente, como un golpe de bombo— o tapiar lo que sobra desde el corazón de la cama hacia el futuro. Otra opción es marcar una sábana con una línea entrecortada, una tijera tatuada que anuncie los puntos suspensivos que deben rasgarse abruptamente. Una cremallera preventiva.

Profanaré esta inercia de respeto. Dormiré como un dandi, como un dandi bifronte. Peor lo tuvo Boccaccio con Pam-

pinea, Fiammetta, Filomena, Emilia, Lairetta, Nifile y Elisa. Soñaré con un viaje de Kafka al *Decameron*. Desde el centro de mi cama, desde el centro exacto de mi cama hacia arriba. El resto, visto lo visto, solo es selva. Apenas eso.

Magnífico Margarito, 22 de julio de 2014

Laura

Nunca me quedó claro si lo más importante para Laura era ella misma o era su familia. En cualquier caso, después estaba su amante y en cuarto puesto ya estaba yo.

De los años que compartimos, recuerdo que yo era muy joven y que ella tenía un buen culo. Supongo que no hay mucho más que merezca la pena conservar, pero, aunque lo hubiera, recordaría aún más su culo. Ese culo era soberbio. Fueron años complicados para ambos. Yo aún no era yo y ella todavía era ella. Con el tiempo a ella se le olvidó y yo comencé a recordarlo.

Sí que recuerdo el sexo salvaje con el que comenzaron las cosas, en los tiempos en los que ella aún no había dejado a su pareja y yo era feliz siendo el tercero. Lo pasamos bien. Luego, unos cuantos años juntos, sin nada que merezca la pena reseñar, me colocaron cuarto. Pero un día, aún me pregunto qué cojones pasó, llegó el último abrazo, entre la niebla. Nos despedimos como dos auténticos profesionales. Sin dramas. Sin lágrimas. Sin haberlo planeado. De una vez y para siempre. Fue un abrazo eterno de agotamiento. Sin duda la mejor ruptura de mi vida.

Ha habido más después de aquello, y durante años no he vuelto a saber nada de Laura. He sido feliz algunos días, infeliz algunos otros. Me he enamorado de otras. Me he desenamorado y también se han desenamorado de mí. Me la encon-

tré un día en Madrid, en un lugar que no nos pegaba a ninguno y que prefiero no recordar. La reconocí al verla por detrás: no olvidaría jamás ese culo. Me adelanté para verle la cara. Nos miramos. Sonreímos. Dos besos ella. Yo solo uno. Hablamos durante más de media hora, de nada en concreto. El marido miraba. Yo estiraba el mulotazo. Y de pronto, me di cuenta de que estábamos de nuevo en el día del abrazo entre la niebla, que yo no era yo y ella ya era ella de nuevo. Me cayó un rayo de clarividencia radical, me di cuenta de lo vulgar que era en realidad, de lo vulgar que fui yo por enamorarme de ella y vi entonces en la cara del marido la misma cara de imbécil que veo hoy en mis fotos de aquellos años.

Me fui. Un beso ella. Yo, dos. Miré para atrás cuando me iba. Seguía teniendo un culo prodigioso, pero ella y yo sabemos que hace tiempo que no se divierte. Lo siento por el idiota: aún no tendrá claro si Laura quiere más a su familia o a ella misma. Pero yo sé que está a punto de haber un tercero en la lista de Laura. Sería para él un verdadero acierto no llegar a conocerla del todo jamás.

Magnífico Margarito, 23 de enero de 2015